

La movilización antifranquista en la implantación de una democracia legítima (y, como todas, mejorable)

Anti-Francoist Mobilization and the Establishment of a Legitimate Democracy (and, like all democracies, one open to improvement)

Mónica Moreno Seco
Universidad de Alicante

¿Qué relevancia consideras que tuvo el protagonismo de Franco en los últimos años de la dictadura y qué importancia cabe atribuir a su muerte en el final del régimen y el comienzo de la Transición?

La muerte del dictador Francisco Franco fue un hecho fundamental en el proceso de cambio político a la democracia y tuvo una importancia simbólica innegable, pues supuso la desaparición de la persona que había gobernado el país durante casi cuatro décadas y que había dado nombre a la dictadura. No obstante, cabe matizar el alcance del 20 de noviembre de 1975. Por un lado, ya a mediados de 1973 Franco había delegado la presidencia de gobierno en Luis Carrero Blanco, cuyo asesinato a finales de ese año fue un duro golpe para el régimen. Además, la crisis de la dictadura venía de tiempo atrás, por el auge de la oposición política y social, en un contexto de notables transformaciones económicas, sociales y culturales que se aceleraron a lo largo de la década de los sesenta. La respuesta represiva del régimen contribuyó a su propio desprestigio, tanto dentro como fuera del

país. Por otro lado, en los primeros momentos del reinado de Juan Carlos I, el gobierno de Arias Navarro supuso una apuesta por la continuidad con la dictadura, aunque la movilización antifranquista y la represión desatada contra la misma hicieron patente el fracaso de este proyecto. Puede considerarse, por tanto, que la muerte de Franco en noviembre de 1975 profundizó la crisis de la dictadura, aunque habría que fijar el comienzo de la Transición con posterioridad, a partir de la desaparición del partido único en abril de 1977 (Sesma) o de las primeras elecciones legislativas democráticas de junio del mismo año.

¿Qué factores (sociales, económicos, políticos, culturales) crees que resultaron fundamentales en el final del franquismo y en el proceso de cambio posterior? ¿Qué función desempeñaron el movimiento obrero y los demás movimientos sociales? ¿Qué papel tuvo la «cuestión nacional»?

Entre los elementos que explican la crisis de la dictadura y el avance hacia la democracia durante la Transición cabe subra-

yar a mi juicio la movilización de algunos sectores de la sociedad española en demanda de cambios sociales, culturales y por supuesto políticos. Los partidos antifranquistas desempeñaron una tarea decisiva en este proceso, en especial el comunista (PCE), que había resistido a pesar de la dura represión a la que fue sometido y que a partir de 1956 desplegó una nueva estrategia política orientada a movilizar a la sociedad civil, y en menor medida las formaciones de la nueva izquierda surgidas entre finales de los sesenta y principios de los setenta (PTE, ORT, MC, LCR, etc.), que también alentaron los movimientos sociales. Además, muy pronto surgieron la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática, que aglutinaron a los principales partidos de la oposición y que a principios de 1976 confluyeron en la denominada Platajunta, mostrando una decidida apuesta por acabar con la dictadura.

También algunos colectivos cristianos, que se alejaron de su anterior apoyo al régimen franquista, participaron en la reconstrucción del antifranquismo y la deslegitimación de la dictadura: sacerdotes que ofrecieron las parroquias para reuniones y asambleas de grupos de oposición, religiosos y religiosas que trabajaron en barrios populares, militantes de HOAC y JOC que participaron en el movimiento obrero y vecinal, etc. Incluso parte de la jerarquía eclesiástica se distanció del régimen, como sucedió con un sector del ejército con la aparición de la Unión Militar Española, lo cual mostró que estas dos instituciones ya no eran pilares tan firmes del régimen. Las demandas nacionalistas y en ocasiones independentistas también se convirtieron en un elemento de cuestionamiento de la dictadura en algunos territorios e introdujeron elementos clave de debate en la conformación del nuevo Estado democrático.

De los movimientos sociales, el más com-

bativo sin duda fue el obrero, en torno a CCOO sobre todo, que impulsó innumerables huelgas y protestas, además de desgastar el sindicato vertical franquista, al recurrir al «entrismo» y ocupar puestos de enlaces y jurados de empresa. La conflictividad obrera se incrementó de forma muy destacada en la segunda mitad de los años setenta, en demanda de mejoras laborales, pero también de transformaciones políticas. Ya comenzada la Transición, tanto CCOO como UGT siguieron siendo actores de cambio, por ejemplo con su participación en los Pactos de la Moncloa de octubre de 1977. Pero otros movimientos sociales también contribuyeron a la crisis de la dictadura, a la difusión de prácticas y valores democráticos, y la defensa de un cambio político. El estudiantil y el vecinal han recibido mucha atención, como es lógico por su importancia en la movilización de las universidades y los barrios, aunque cabe tener en cuenta asimismo otros como el feminista, que participó en la denuncia de la dictadura y la ampliación de los márgenes de la democracia con la difusión de valores igualitarios y la reivindicación de nuevos derechos. Tampoco pueden olvidarse otros movimientos de impacto más localizado, como el pacifista y antimilitarista, y el LGTB.

Con distintos ritmos e intensidades, todo ellos plantearon demandas específicas y también el rechazo a la dictadura, alentando un aprendizaje ciudadano que puso en cuestión las bases ideológicas del franquismo. A ello coadyuvó también la movilización de profesionales del periodismo, la abogacía, la enseñanza o la cultura, por poner algunos ejemplos representativos, en defensa de la libertad de expresión, la aplicación lo menos lesiva posible de la legislación franquista, la renovación educativa en un sentido democrático y manifestaciones artísticas críticas con la moral y los fundamentos políticos del régimen. Como se está poniendo de relieve en la actualidad, esta



Manifestación feminista en Madrid en 1978 (AHPCE).

creciente oposición social y política recibió el apoyo de la solidaridad internacional, en especial en momentos de incremento de la represión, hecho que contribuyó a la deslegitimación exterior de la dictadura.

Otro elemento que a mi parecer es preciso subrayar de esta movilización social y política reside en que, junto con las protestas públicas, saltos, manifestaciones, reparto de propaganda, huelgas, asambleas y reuniones, debe tenerse en cuenta el cambio que propició en quienes tomaron parte en ella: lecturas, sólidas amistades, estéticas que llegaban del extranjero, una nueva moral sobre todo entre la juventud antifranquista y relaciones personales que en ocasiones rompían con el marco de la socialización nacional-católica en la que se

habían educado, aunque no puede olvidarse que con frecuencia se seguían reproduciendo jerarquías, por ejemplo entre mujeres y hombres.

¿Consideras que la salida que resultó triunfante en el proceso de cambio postdictatorial era la única posible o existían factores que hubieran podido conducir a otras alternativas?

Es importante insistir en la convivencia de muy diferentes proyectos políticos durante la Transición, es decir, cuestionar la idea de que el cambio político obedeció a un único programa. En historia, tan interesante es conocer qué acabó sucediendo como qué opciones posibles existían en

un contexto determinado. Por ejemplo, los congresos «Las otras protagonistas de la Transición» han recordado la relevancia de actores sociales y políticos que, si bien no lograron provocar una ruptura radical con la dictadura por su carácter minoritario y extraparlamentario, contribuyeron de forma decisiva a la imposibilidad de prolongarla. No cabe duda de que la Transición fue un proceso complejo, con idas y vueltas, con muchas tensiones y violencia, con carencias y numerosas contradicciones. A diferencia de lo sucedido en otros países que experimentaron el paso desde una dictadura a una democracia, no hubo una decidida política de memoria y un reconocimiento amplio de las víctimas de la represión franquista, no se planteó un referéndum sobre la forma de Estado (monarquía-república), no hubo una depuración del personal franquista. Pero también debe señalarse que, a diferencia de otros procesos de transición, la presión del sector mayoritario del ejército o el miedo alentado por la propia dictadura a una nueva guerra estuvieron muy presentes.

Además, más allá de las acusaciones de traición a algunas formaciones políticas y sindicales, que en ocasiones se dice que renunciaron a sus reivindicaciones y optaron por la gestión y las instituciones, el sentir del voto en las sucesivas elecciones entre 1977 y 1982 mostró que la mayor parte de la sociedad española se decantaba por proyectos reformistas y no apoyaba ni el retorno a la dictadura ni ideales revolucionarios. La impresionante movilización social que caracterizó los años setenta fue declinando en la década siguiente, por los efectos de la crisis económica, por el desencanto de un sector minoritario que no consiguió alcanzar sus objetivos y por la convicción de la mayoría social de que se habían sentado las bases de una democracia. Si bien no deben olvidarse las contradicciones, las renuncias

o las propuestas desatendidas y subordinadas a otras consideradas prioritarias, se inauguró una democracia, legítima y como todas imperfecta, entendida no como un sistema cerrado, sino como un camino con un futuro abierto, responsabilidad en buena cuenta de la propia ciudadanía en cada momento histórico.

¿Cómo juzgas la memoria en torno a la Transición y a qué tiene asociada esa etapa la ciudadanía? ¿Qué mitos perviven en torno al proceso?

La memoria sobre la Transición ha experimentado cambios en los últimos años. Como es conocido, en un primer momento se ensalzó la actuación de la élite institucional y de algunos líderes políticos, como el rey y Suárez, cuyas decisiones se pensaba habían obedecido a un plan establecido y a una firme defensa de la democracia, aunque después quedó claro que los reformistas del régimen pretendían que éste perdurara y que muchas decisiones de Suárez obedecieron a la improvisación o la respuesta a diferentes presiones, en un contexto de acelerados cambios. La Transición como un proceso planificado ha sido un lugar común bastante extendido, al igual que la consideración de que fue un cambio pacífico, una idea que desde hace tiempo ha sido cuestionada por investigaciones sólidas, que han puesto el foco de atención en los altos niveles de violencia política experimentados durante estos años. Una violencia no solo ejercida por organizaciones terroristas como ETA o GRAPO, sino también por grupos paramilitares de ultraderecha y, conviene subrayarlo, por las fuerzas de seguridad del Estado.

También estuvo vigente durante un tiempo una visión idealizada de la Transición española, como modelo para exportar a otros países que salían de dictaduras. In-

cluso se planteó que el proceso de cambio experimentado en España había sido excepcional, aunque después Huntington lo incluyó en lo que denominó «tercera ola» de las transiciones (1974-1989). La interpretación muchas veces aceptada por la opinión pública de que toda la sociedad española demandaba la democracia oculta la evidencia de que existía una gran diversidad de actitudes políticas, desde la ultraderecha que defendía la prolongación del franquismo, a la izquierda revolucionaria crítica con lo que consideraba una democracia burguesa y al servicio del capitalismo. El voto de la Constitución muestra esta heterogeneidad de pareceres, tanto en el parlamento (pues aunque recibió 325 síes, obtuvo también 6 noes y 14 abstenciones, entre otros de algunos representantes de AP), como en el referéndum de diciembre de 1978, que ofreció un amplio respaldo al texto constitucional, pero no un apoyo monolítico, visible en especial entre los sectores más conservadores y en algunos territorios donde las demandas independentistas estaban extendidas.

Una cuestión que ha provocado un gran debate en la memoria de la Transición remite a la existencia o no de un consenso. Frente al relato idealizado de que se dio desde el origen un deseo de alcanzar un pacto entre los diferentes partidos, se ha señalado que en realidad se alcanzó un consenso tras las presiones que desde la calle impidieron la perduración de un franquismo sin Franco y después de los resultados de las primeras elecciones, que mostraron un limitado apoyo a los partidos a la izquierda del PSOE. Como plantea Ysàs, se acabó haciendo de la necesidad virtud. Es decir, existieron espacios de encuentro entre los grupos políticos parlamentarios, que alcanzaron acuerdos básicos y elaboraron una Constitución democrática, sin olvidar los enfrentamientos políticos y las presiones externas, por ejemplo del ejército.

La irrupción del 15M y las demandas de una «democracia real ya» a raíz de la crisis de 2008 alentaron interpretaciones muy críticas con el relato idealizado del consenso, dando lugar a un nuevo lugar común sobre la Transición, aquel que afirma que fue un pacto entre las elites del franquismo y de la oposición parlamentaria, que dejó a un lado a la movilización social. Esta interpretación hacía recaer en la Transición la principal responsabilidad de los males de la democracia española actual, marcada por las herencias del franquismo. En ese sentido, se habló del «régimen del 78» y se insistió en la falta de recambio del personal en las fuerzas armadas y de orden o en la judicatura y se recalcó la pervivencia de los principales poderes económicos.

Sin olvidar ciertos elementos concretos, ya señalados, en que no hubo una ruptura, la opción de subrayar las continuidades con la dictadura supone a mi juicio no valorar en su justa medida las diferencias claras entre el régimen franquista y la actual democracia, y despreciar la relevancia de la movilización social y política de los sectores de la sociedad que se comprometieron con el fin de la dictadura y el cambio social. El éxito reciente de películas como «El 47» (2024) o de series como «Las abogadas» (2024), junto con la difusión de documentales como «La conquista de la democracia» (2025), con las críticas que se les pueda hacer, han permitido no obstante extender una mirada más matizada y plural de la Transición. Así se conseguirá quizá transformar la imagen que sigue estando presente entre buena parte de la población, proyectada por la serie «Cuéntame cómo pasó» (2001-2023), en que se idealizan el papel de Juan Carlos I como piloto del cambio y la centralidad política, ofreciendo una visión amable y nostálgica del final del franquismo y Transición (Rueda Laffond y Guerra Gómez, Del Pino).

¿Crees que debería procurarse introducir una visión más compleja de esos años en el currículum docente preuniversitario?

Tal vez más que modificar los contenidos del currículum o de los libros de texto en torno a la crisis de la dictadura y la Transición, insistiría sobre todo en la necesidad de asegurar que este periodo se aborde en el aula, en especial en la ESO y el Bachillerato. Como forma parte de los últimos temas de las asignaturas que tratan la historia de España y como plantea cuestiones polémicas y con alto contenido políti-

co, con frecuencia es una etapa que no se afronta en las clases. Este hecho favorece la aceptación de bulos e ideas no contrastadas que circulan de maneja creciente en las redes sociales. En mi opinión, debería estrecharse la colaboración entre el profesorado de los diferentes niveles del sistema educativo, para buscar fórmulas que garantizaran que estos años se impartan de forma actualizada y atractiva, de manera que alienten la crítica razonada, el aprecio por los avances en la investigación, el apoyo a valores democráticos y el compromiso ciudadano.